Dígote que si un hombre tuviese tanta devoción y elevación de espíritu que hablase con los ángeles, y estando en eso lo llamase su Prelado, debería dejar inmediatamente el coloquio de los ángeles y obedecer al Prelado.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO V

Cómo fray Gil vivía de su trabajo

Residiendo una vez fray Gil en un convento de Roma, quiso vivir de su trabajo corporal, como lo tenía de costumbre desde que entró en la Orden, y lo hizo de este modo.

A la mañana, temprano, oía Misa con mucha devoción. Después se encaminaba a un bosque distante de la ciudad ocho millas, y traía a cuestas un haz de leña que vendía por pan y otras cosas de comer. Una vez entre otras, viniendo con una carga de leña, se la ajustó una mujer, y habiendo convenido en el precio, se la llevó él a casa. En atención a que era religioso, la mujer le dio mucho más: pero él le dijo:

–No, buena mujer; no quiero dejarme vencer de la avaricia, no recibo más de lo que me prometiste.

Y no sólo no tomó de más, sino que le devolvió la mitad de lo pactado. y se marchó dejándola muy edificada.

Fray Gil hacía por recompensa cualquiera clase de trabajo que no desdijese de la santa honestidad. Ayudaba a los trabajadores a recoger las aceitunas y a pi-

sar las uvas. Estando él un día en la plaza, un hombre ofrecía jornal a un trabajador para llevarle a varear nueces, y éste se excusaba con la mucha distancia del sitio y la dificultad de subir. Dijo entonces fray Gil al que buscaba jornalero:

—Amigo mío, si me quieres dar parte de las nueces, voy contigo a varearlas.

Habiéndose convenido, fue con él a varear, y subió, aunque con mucho temor, haciéndose primero la señal de la Cruz. Cuando acabó, le tocaron tantas que, no teniendo en qué llevarlas, se quitó el hábito, y atándole mangas y capucha, hizo de él un saco, lo llenó de nueces, cargó con él a cuestas hasta Roma y allí las dio todas a los pobres con grande alegría por amor de Dios.

En tiempo de las siegas iba fray Gil a espigar con los otros pobres, y si alguien le daba un haz entero, respondía:

—No tengo granero en que guardarlo, hermano mío.

Y las más de las veces daba por amor de Dios las espigas que había recogido.

Pocas veces ayudaba fray Gil a otro todo el día; porque ponía por condición que le habían de dejar tiempo para rezar las horas canónicas y hacer oración mental.

Una vez que fue fray Gil a la fuente de San Sixto a buscar agua para los monjes, un hombre le pidió de beber, y él le respondió:

—¿Y cómo he de llevar yo a los monjes el cántaro sin llenar?

Indignóse con esto aquel hombre y le dijo muchas injurias y villanías. Fray Gil se fue muy angustiado al

monasterio, tomó un vaso grande, volvió luego a llenarlo en la fuente y buscando al hombre le dijo:

—Amigo mío, toma y bebe cuanto quieras; no te incomodes, pues me parecía una villanía llevar a los santos monjes las sobras del agua bebida.

Compungido el hombre y edificado de la caridad y humildad de fray Gil, reconoció su culpa y en lo sucesivo le tuvo grande devoción.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO VI

Cómo fue socorrido fray Gil milagrosamente en una grande necesidad en que, por la mucha nieve, no podía pedir limosna (1)

Morando fray Gil en Rieti en casa de un Cardenal y no teniendo allí la quietud de espíritu que deseaba, al acercarse la Cuaresma, dijo al Cardenal:

–Padre mío, con vuestra licencia y para mi tranquilidad, quisiera ir con mi compañero a pasar esta Cuaresma en algún lugar solitario.

–¿A dónde quieres ir, Padre mío carísimo? –le respondió el Cardenal–; la carestía es grande, y vosotros sois aún poco conocidos; quédate conmigo de buena gana; pues tendré por grande dicha haceros dar, por amor de Dios, todo lo que os haga falta.

Insistió fray Gil en marchar y partió, fuera de Rieti, a la cima de un monte alto en el castillo de Deruta (2);

(1) Año 1226.

(2) Muchos manuscritos: *diruptum castrum* y de aquí la versión: "en que había antiguamente un castillo"; pero la lección verdadera es: *Dirutum Castrum*, como hemos corregido.

encontró allí una iglesia dedicada a San Lorenzo, entró en ella con el compañero y se dieron a la oración y meditación. Como no eran conocidos, les tenían poca devoción y reverencia y pasaban gran penuria; añadióse a esto que cayó una gran nevada, y ni tenían con que vivir, ni podían salir a buscarlo, ni se lo mandaban de fuera; y estuvieron así encerrados tres días enteros.. Viendo fray Gil que no podían trabajar ni pedir limosna, dijo al compañero:

–Hermano mío carísimo, clamemos en alta voz al Señor para que, por su piedad, nos socorra en necesidad tan extrema; porque algunos monjes, estando en gran necesidad, clamaron a Dios, y la divina clemencia los socorrió en sus necesidades.

No cesaron, pues, de orar a ejemplo de ellos, pidiendo a Dios de todo corazón el remedio. Y el Señor, que es todo piedad, miró a su fe, devoción, sencillez y fervor, y los socorrió por este medio. Mirando un hombre hacia la iglesia donde estaban fray Gil y su compañero, se dijo a sí mismo, inspirado por Dios: "¡Quién sabe si en aquella iglesia estará alguna buena persona haciendo penitencia, y faltándole lo necesario, por causa de la nieve, se morirá de hambre! Quiero saber si mi imaginación es verdadera o no". Y tomando algunos panes y vino, se fue allá, llegó con mucha dificultad a la iglesia y encontró a fray Gil y su compañero puestos devotísimamente en oración, y estaban tan marchitos y pálidos, a causa del hambre, que más parecían muertos que vivos. Grandísima fue su compasión, y luego que les dio de comer y beber, se volvió y refirió a sus vecinos aquella extrema necesidad, exhortándolos y pidiéndoles por amor de

Dios que socorriesen a los dichos frailes.

Desde entonces, a ejemplo de este hombre, muchos les llevaron pan y otros alimentos, por amor de Dios, y establecieron cierto orden entre sí para proveer por turno, durante toda la Cuaresma, a la necesidad de los frailes. Considerando fray Gil la grande misericordía de Dios y la caridad de aquellos hombres, dijo a su compañero:

—Hermano mío carísimo, hasta aquí hemos pedido a Dios que nos proveyese en nuestra necesidad, y nos oyó; ahora hay que darle las gracias y la gloria, y pedir por esta gente que nos mantiene con sus limosnas y por todo el pueblo cristiano.

Y haciéndolo con gran fervor y devoción, concedió el Señor tanta gracia a fray Gil, que muchos, a su ejemplo, abandonaron este ciego mundo, y muchos otros, que no estaban en disposición de ser religiosos, hicieron en sus casas grande penitencia.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO VII

De la muerte del santo fray Gil

La vigilia (1) de San Jorge, a la hora de maitines, cumplidos cincuenta y dos años después de haber tomado el hábito de San Francisco, recibió Dios el alma de fray Gil en la gloria del paraíso cuando se celebraba la fiesta de San Jorge.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

---

(1) Fray Gil agravó en su enfermedad la noche del 22 de abril y murió en las primeras horas del 23, fiesta de San Jorge. El año, como ya se ha dicho y de aquí se desprende, es 1261. Murió en el convento de Monteripido, cerca de Perusa, y fue sepultado en la iglesia de San Francisco, dentro de la ciudad.

CAPITULO VIII

Cómo estando en oración un santo hombre, vio el alma de fray Gil que volaba al cielo

Un santo hombre que estaba en oración, cuando fray Gil pasó de esta vida, vio subir al cielo su alma con otras muchas que entonces salían del purgatorio, y a Jesucristo que le venía al encuentro y la conducía con multitud de ángeles, entre melodiosos cánticos y acompañada de todas aquellas almas, hasta introducirla en la gloria del paraíso.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO IX

Cómo, por los méritos de fray Gil, fue librada del purgatorio el alma de un fraile Predicador, amigo suyo

Estando ya fray Gil con la enfermedad de que a pocos días murió, enfermó también de muerte un fraile dominico, que tenía íntima amistad con otro fraile, y éste, viéndolo próximo a morir, dijo al enfermo:

–Hermano mío, si te lo permitiese el Señor, quisiera que después de tu muerte vinieses a decirme en qué estado te encuentras.

El enfermo prometió complacerle, caso de que le fuese posible.

Ambos enfermos murieron el mismo día, y el de la Orden de Predicadores se apareció a su hermano, que le sobrevivía, y le dijo:

–Voluntad es de Dios que te cumpla la promesa.

–¿Qué es de ti? –le preguntó el fraile vivo.

–Estoy bien –respondió el muerto–, porque aquel mismo día murió un santo fraile Menor, llamado fray Gil, al cual, por su grande santidad, concedió Jesucristo que llevase al cielo todas las almas que había en el

purgatorio. Con ellas estaba yo en grandes tormentos y por los méritos del santo fray Gil me veo libre.

Dicho esto desapareció, y el fraile que tuvo esta visión no la reveló a nadie; pero habiendo enfermado y temiendo no lo castigase Dios por no haber manifestado la virtud y la gloria de fray Gil, hizo llamar a los frailes Menores. Se presentaron diez, y estando reunidos con los frailes Predicadores, reveló el enfermo con mucha devoción la visión ya referida; e investigando diligentemente supieron que los dos habían muerto en un mismo día.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO X

De las gracias que Dios había dado a fray Gil y del año de su muerte

Decía de fray Gil fray Buenaventura de Bagnoreggio que Dios le había concedido la gracia especial no sólo para él, sino también para todos los que con devoción le encomendaban sus cosas espirituales.

Hizo muchos milagros en vida y después de muerto, según se ve en su leyenda.

Pasó de esta vida a la gloria celestial el año 1252 (1) en la fiesta de San Jorge y está sepultado en Perusa en el convento de los frailes Menores.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

---

(1) Es error que vienen reproduciendo las ediciones de este libro, y que no concuerda con lo dicho en los capítulos primero y séptimo de esta parte ni con el final de la siguiente. Los mss. latinos tienen 1262, pero ni aun esta fecha debe admitirse como verdadera, pues el beato Gil vino a San Francisco el año 1209, vivió en la Orden 52 años y murió, por lo tanto, el 1261 como se ha dicho en los caps. primero y séptimo.

CAPITULO XI

De una cuestión notable que tuvo fray Gil con fray Gerardino (1)

Estando una vez en Perusa el santo fray Gil, vino a visitarlo la ilustre Jacoba de Sietesolios, nobilísima dama de Roma que era muy devota de la Orden de los Frailes Menores. Mientras estaban hablando, llegó también con el mismo objeto un fraile espiritual y devoto, llamado fray Gerardino,' y en presencia de otros frailes que allí había, rogó a fray Gil que les dijese alguna palabra de edificación. Condescendió fray Gil y dijo:

–Por aquello que el hombre puede, llega a lo que no quiere.

Replicó entonces fray Gerardino para hacerle hablar más:

---

(1) Este Capítulo y los dos siguientes faltan en las demás ediciones. Permanecieron inéditos hasta el año 1905, que los publicó el conde Luis Manzoni en *Bollettino Critico di Cose Francescane* (Gennaio-Marzo). El texto, que es de un códice del siglo XV, ofrece alguna deficiencia. Se ha subsanado en esta traducción teniendo a la vista el original latino que se halla en *Actus Sancti Francisci,* pág. 138. París, 1903.

—Me maravillo, fray Gil, de que por lo que el hombre puede, venga a lo que no quiere. Porque el hombre de por sí no puede nada, y esto lo puedo probar con varias razones. Primera: porque el poder presupone el ser, y aun conforme a éste es la operación, como vemos en el fuego que calienta porque es cálido. Pero el hombre de por sí no es nada. *El que piensa que es algo, no siendo nada, se engaña,* dice el Apóstol, y, si es nada, síguese que nada puede. Segunda: porque, si pudiese algo, sería o por razón del alma separada del cuerpo o por razón del cuerpo solo, o por razón de ambos unidos. Pues bien, el alma despojada del cuerpo no puede merecer ni desmerecer. El cuerpo sin alma tampoco, porque no tiene vida, está informe, y todo acto es forma. Pues por razón del conjunto, si el alma separada del cuerpo no puede, menos podrá unida a él, porque *el cuerpo corruptible agrava al alma,* y si un jumento no puede andar sin carga, mucho menos con ella.

Hasta una docena de argumentos propuso a fray Gil el dicho fray Gerardino para hacerle hablar y que se explicase; y todos los presentes se admiraban de la argumentación.

—Has hablado mal, fray Gerardino —respondió por fin, fray Gil—; tienes que decir la culpa (1) por todo eso.

Fray Gerardino dijo la culpa sonriéndose, y al ver fray Gil que no la decía de corazón, añadió:

(1) *Decir la culpa* es frase que en la Orden designa varios modos de dar humilde satisfacción por las faltas. El principal es arrodillarse ante el Superior, inclinada la cabeza hasta el suelo, y declarar la falta pidiéndole que imponga penitencia.

—De esta manera no vale; y cuando aun el decir la culpa es sin mérito, no le queda al hombre por donde satisfacer.

Después prosiguió:

—¿Sabes cantar, fray Gerardino?

Y habiendo éste respondido que sí, le dijo él:

—Pues canta conmigo.

Sacó de su manga fray Gil una cítara como las que suelen hacer los muchachos, y empezando desde la primera cuerda y siguiendo por las demás, fue contestando en verso, y deshizo uno por uno los doce argumentos. Contra el primero dijo:

—Yo no hablo del ser del hombre antes de la creación, fray Gerardino, porque entonces nada es y nada puede; hablo del hombre ya creado, al que dio Dios el libre albedrío con el que puede merecer consintiendo en el bien o desmerecer disintiendo. Has dicho mal y erraste, fray Gerardino, porque el Apóstol no habla de la nada en cuanto al ser ni en cuanto al poder, sino respecto al merecimiento, como cuando dice en otra parte: *Si no tuviere caridad, nada soy.* Yo no hablé del alma separada del cuerpo muerto, sino del hombre vivo, el cual, consintiendo a la gracia, puede obrar el bien y rebelándose contra ella, obra mal. En el texto que has aducido: *El cuerpo que se corrompe, agrava el alma*, la Escritura no dice que le quita el libre albedrío.

Y del mismo modo rebatió las demás razones, tanto que fray Gerardino volvió a decir la culpa, pero esta vez reconociendo sinceramente que la criatura puede algo.

—Ahora sí que has dicho bien la culpa —exclamó fray Gil—, ¿quieres que te muestre aún más claramente cómo la criatura puede algo?

Y subiéndose sobre un arca, gritó:

— ¡Oh, mísero condenado que yaces en el infierno!

Y respondiéndose él mismo en persona del condenado, con voz fuerte, terrible y espantosa, decía entre alaridos y lamentos:

— ¡Ay! ¡Ay! ¡ ¡Desgraciado de mí...!!

—Dinos —preguntó fray Gil—, ¿por qué te has ido al infierno?

—Porque los males que podía evitar no los evité; y el bien que pude hacer, no lo hice.

—¿Qué harías, infeliz condenado, si te diesen tiempo de penitencia?

Y respondió en persona del mismo:

—Poco a poco todo el mundo desecharía de mí para librarme de las penas eternas; porque aquél ha de tener fin, pero mi condenación ¡jamás! ¡jamás lo tendrá...!

Volviéndose entonces hacia fray Gerardino, decía:

—¿Has oído, fray Gerardino, cómo la criatura puede algo? Dime ahora:

—Si cae en el mar una gota de agua, ¿le da su nombre al mar o el mar a la gota?

Y respondió que quedaba absorbida gota y nombre, y todo se llamaba mar.

En esto fray Gil fue arrebatado en éxtasis a vista de todos los presentes, y entendió que la naturaleza humana, respecto a la divina, fue absorbida como gota en el piélago infinito de la divinidad al encarnar-

se nuestro Señor Jesucristo, el cual sea bendito por los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO XII

Cómo, dudando un fraile Predicador acerca de la virginidad de María, fray Gil hizo nacer tres lirios

En tiempo de fray Gil hubo un gran maestro de Teología de la Orden de Predicadores que padeció, durante muchos años, fuertes dudas acerca de la virginidad de la Madre de Cristo, pareciéndole imposible que pudiese ser madre y virgen a un tiempo. Pero, como verdadero católico, se dolía mucho de su duda y deseaba hallar algún varón iluminado de Dios que le librase de ella. Tuvo noticia de la santidad de fray Gil, y cómo muchas veces era arrebatado en éxtasis y permanecía elevado en el aire; por lo cual se determinó a ir en busca de él.

Estando fray Gil de noche en oración, le manifestó Dios la tentación de aquel fraile y cómo a la mañana vendría a declarársela. Fray Gil tomó un báculo en que solía apoyarse, porque era ya muy anciano, y salió a su encuentro. En cuanto lo vio venir, sin darle tiempo a que saludase ni dijese palabra, hirió la tierra con el báculo, diciendo:

–Hermano Predicador, ¡Virgen antes del parto!

Y en el mismo sitio donde dio con el báculo, brotó al instante un lirio hermosísimo.

Dio luego otro golpe y dijo:

–Hermano Predicador, ¡Virgen en el parto!

Y nació otro lirio blanquísimo.

Tercera vez hirió el suelo diciendo:

–Hermano Predicador, ¡Virgen después del parto!

E inmediatamente brotó un tercer lirio. Después de esto, fray Gil huyó.

El Maestro Predicador, sintiéndose repentinamente libre de su duda y tentación, preguntó, muy asombrado, si aquél era fray Gil, y le dijeron que sí. Desde entonces le tuvo siempre grandísima devoción y lo mismo a toda la Orden.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO XIII

Consejo que dio fray Gil a fray Jacobo de la Massa

Fray Jacobo de la Massa, que era lego y un santo hombre, y había estado con Santa Clara y con muchos de los compañeros de San Francisco, fue muy devoto; y hallándose favorecido con la gracia de éxtasis, quiso tomar consejo de fray Gil, y le preguntó cómo debería conducirse al sentir esta gracia.

—Ni añadas ni disminuyas —le respondió fray Gil—, y huye de la multitud cuanto puedas.

—¿Qué quieres decir con eso? —repuso fray Jacobo—, explícamelo, reverendo Padre.

Y contestó:

—Cuando la mente está dispuesta para ser introducida en aquella gloriosísima luz de la bondad divina, no añadas por presunción ni disminuyas por negligencia y ama la soledad cuanto puedas, para guardar la gracia.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

QUINTA PARTE

DE ALGUNOS BELLOS EJEMPLOS Y MILAGROS DEL PADRE SAN FRANCISCO

CAPITULO PRIMERO

Ejemplo de fray León cuando San Francisco le mandó que lavase una piedra (1)

Hablando San Francisco con fray León en el monte Alvernia, le dijo:

–Hermano ovejuela, lava esta piedra con agua.

Obedeció presto fray León, y lavó la piedra con agua. Díjole San Francisco con grande gozo y alegría:

–Lávala con vino.

Y lo hizo.

–Lávala –le volvió a decir– con aceite.

Y también lo hizo.

–Hermano ovejuela –dijo de nuevo el Santo–, lava la piedra con bálsamo.

(1) *Vita Fratris Leonis; Analecta.* III. cap. 2, pág. 67 y sig.

–¡Oh, dulce padre! –le respondió–, ¿cómo podré yo hallar bálsamo en este lugar tan agreste?

–Has de saber, hermano ovejuela de Cristo –añadió el Santo–, que en esta piedra estuvo sentado Cristo una vez que se me apareció aquí; y te he dicho cuatro veces que la lavases porque Jesucristo (y has de guardar secreto) me prometió cuatro privilegios singulares para mi Orden.

El primero, que todos los que amen de corazón mi Orden y los frailes que perseveren alcanzarán buen fin por la divina misericordia. El segundo, que los perseguidores de esta santa religión serán duramente castigados. El tercero, que ningún perverso podrá durar mucho en la Orden, si persevera en su maldad. El cuarto, que esta religión durará hasta el día del juicio final (1).

En alabanza de Cristo. Amén.

(1) Lo que aquí se atribuye a fray León lo había referido de fray Rufino el exacto cronista del siglo XIII fray Tomás de Eccleston, que termina diciendo: *esto lo escribió fray Garino de Senedefeld, el cual se lo oyó a fray León.* (V. *Analecta Franciscana,* tomo 1.º, pág. 245).

CAPITULO II

Cómo San Francisco y fray Bernardo fueron a pedir limosna (1)

Poco después de la fundación de la Orden fue un día San Francisco a una ciudad a pedir limosna con fray Bernardo, el primogénito de sus frailes. Cansados ambos, se sentaron sobre una piedra. Pero acosados del hambre los pobrecillos de Cristo, y siendo cada vez más viva la necesidad de comer, dijo el santo Padre al compañero:

–Carísimo, esperémonos aquí cuando volvamos de pedir limosna por el amor de Dios.

Con este acuerdo se separaron, recorrieron calles y plazas llamando a las puertas de las casas, y entrando en ellas confiadamente pidieron limosna, y les fue dada reverentemente. Pero el devoto fray Bernardo, quebrantado de la mucha fatiga, no guardó nada, sino

(1) Este capítulo fue hallado y publicado por Sabatier. Los dos capítulos siguientes, que son del libro: *Actus Sancti Francisci et Sociorum ejus,* figuran como apéndices en varias ediciones de las Florecillas, tomados del códice florentino.

que comía, apenas se los daban, los pedacitos de pan y los mendrugos y demás restos que le ofrecían. De modo que cuando volvió al lugar convenido no había reservado ni llevaba nada. Llegó luego el Padre San Francisco trayendo la limosna que había recogido, y se la enseñó al compañero, diciendo:

—Mira, hermano mío, cuánta limosna me ha dado la divina Providencia; a ver la que has traído tú, y comamos juntos en el nombre de Dios.

Fray Bernardo, humillado y temeroso, se postró a los pies del piadoso Padre y le dijo:

—Padre mío, confieso mi pecado: no he traído nada de las limosnas que recogí, sino que he comido todo lo que me dieron, porque casi me moría de hambre.

San Francisco, al oírlo, lloraba de gozo y lo abrazó exclamando:

—¡Oh, hijo dulcísimo! En verdad eres tú más dichoso que yo, eres un perfecto observador del Evangelio, porque no has acumulado ni guardado cosa alguna para el día de mañana, sino que todo tu pensamiento volviste al Señor.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO III

Cómo San Francisco se apareció a fray León (1)

Muerto ya San Francisco, le vino una vez a fray León el deseo de ver aquel dulce Padre que tan tiernamente había amado en vida; y para conseguirlo, dio en mortificarse más de lo acostumbrado, haciendo oración, ayunando y suplicando a Dios con gran fervor que le cumpliese su deseo.

Insistiendo fervientemente en esta oración, se le apareció San Francisco resplandeciente de gloria. Traía alas, y las uñas de sus manos y pies eran como de águila y estaban doradas. Fray León se sintió muy recreado y consolado con esta aparición maravillosa y preguntó admirado:

—¿Por qué, Padre mío reverendísimo, te me apareces en tal admirable figura?

San Francisco respondió:

—Entre otras gracias me ha concedido la divina bondad estas alas para que, en siendo invocado, acuda

(1) *Vita fratris Leonis,* ed. cit., cap. 7, pág. 71.

inmediatamente a socorrer a los devotos de esta religión en sus tribulaciones y necesidades, y como de un vuelo, conduzca a la gloria celestial sus almas y las de mis frailes; y estas uñas tan grandes, fuertes y doradas se me dieron contra el demonio, contra los perseguidores de mi religión y contra los malos frailes de esta santa Orden, para que los castigue con recios arañazos y duras penas.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO IV

Cómo fray León tuvo en sueños una visión terrible (1)

Una vez vio fray León en sueños los preparativos para el juicio divino. Veía a los ángeles que tocaban trompetas y otros varios instrumentos y congregaban grandísima muchedumbre en un campo. A un lado colocaron una escala roja que llegaba de la tierra al cielo, y a la parte opuesta otra que era blanca, y bajaba del cielo a la tierra. En la cima de la roja apareció Cristo en ademán de un Señor ofendido y muy irritado. San Francisco estaba en la misma escala algunas gradas más abajo de Cristo, y bajando más, llamaba y decía con gran voz y fervor:

—Venid, frailes míos, venid confiadamente, no temáis, venid y acercaos al Señor, que os llama.

Al oír a San Francisco, corrieron a su encuentro los frailes y subían, muy confiados, por la escalera roja. Pero, cuando ya estaban todos en ella, comenzaron a caerse, quien del tercer escalón, quien del cuarto,

(1) *Vita fratris Leonis*, ed. cit., l. c.

quien del quinto o del sexto, y caían todos, uno tras otro, de suerte que no quedó ninguno en la escalera.

A vista de tal desgracia, movido San Francisco a compasión de sus frailes, como Padre piadoso, rogaba por sus hijos al juez para que tuviese misericordia de ellos. Y Cristo le mostraba las llagas sangrientas y le decía:

–Mira lo que me han hecho tus frailes.

El Santo, después de insistir un poco en la misma súplica, bajó algunas gradas, y llamando a los frailes que habían caído de la escalera roja, les decía:

–Levantaos, hijos y hermanos míos, tened confianza, no os desaniméis, corred seguros a la escala blanca y subid por ella, que así seréis admitidos en el reino de los cielos.

Corrieron los frailes, enseñados por su Padre, a la dicha escala, y en la cima apareció, piadosa y clemente, la gloriosa Virgen María, Madre de Jesucristo, y los recibió; y así entraron sin ninguna dificultad en el reino eterno.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO V

Despedida al monte Alvernia (1)

JESUS Y MARIA, ESPERANZA MIA

Fray Maseo pecador, indigno siervo de Jesucristo, compañero de Fray Francisco de Asís, varón gratísimo a Dios; paz y salud a todos los hermanos e hijos del gran Patriarca Francisco, alférez de Cristo.

Determinado el gran Patriarca a dar el último adiós a este sagrado monte el 30 de septiembre de 1224, día de San Jerónimo, habiéndole enviado el conde Orlando de Chiusi un jumento en que pudiese caminar, pues no podía fijar los pies en tierra por tenerlos llagados y taladrados con clavos, después de oír Misa temprano, como acostumbraba, en Santa María de los

(1) Se halla en la edición de Amoni; también la publicó Sabatier *(Spec. Perf.* pág. 305), y está con ligeras variantes en un pergamino conservado en el convento de la Verna, y que se cree escrito en el siglo XVI. De su autenticidad trata el padre Saturnino de Caprese. *L'Addio di San Francesco allá Verna.* Prato, 1901.

Angeles, llamó a todos al Oratorio y les mandó por obediencia que viviesen en mutua caridad, que se aplicasen a la oración y cuidasen siempre de aquel lugar haciendo allí los divinos oficios noche y día. Recomendó, además, todo el sagrado monte, exhortando a sus frailes presentes y futuros a no permitir jamás que sea profanado, sino antes bien procurar que sea respetado y reverenciado, y dio su bendición a cuantos lo habiten y a todos los que lo respeten y reverencien.

Por el contrario, dijo: Sean confundidos los que no fueren respetuosos con este lugar y cuenten con el merecido castigo de Dios. Y me dijo: Has de saber, fray Maseo, que es mi intención que moren este monte religiosos temerosos de Dios y de los mejores que hay en mi Orden, y que los Superiores cuiden de mandar aquí los mejores. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Fray Maseo, no diré más.

Luego nos ordenó e intimó a mí, fray Maseo, y a fray Angel, fray Silvestre y fray Iluminado, que tuviésemos especial cuidado del lugar en que sucedió aquella gran maravilla de la impresión de las sagradas Llagas.

Después de esto, dijo:

–Adiós, adiós, adiós, fray Maseo–. Y volviendo a fray Angel, dijo:

–Adiós, adiós.

Y lo mismo dijo a fray Silvestre y a fray Iluminado.

–Quedaos en paz, hijos carísimos, adiós. Yo me separo de vosotros con la persona; pero os dejo mi corazón. Yo me marcho con fray ovejuela de Dios, y me voy a Santa María de los Angeles, y no volveré

más aquí. Me marcho; adiós, adiós a todos. Adiós monte santo; adiós, monte la Verna; adiós, monte de ángeles. Adiós, carísimo hermano halcón, gracias por la caridad que tuviste conmigo, adiós. Adiós, peñasco Spicco, ¡ya no te visitaré más! Adiós, adiós, roca que me recibiste en tus entrañas dejando burlado al demonio, ¡ya no nos veremos más! Adiós, Santa María de los Angeles; te encomiendo estos hijos míos, ¡oh, Madre del Verbo Eterno!

Mientras nuestro amado Padre decía estas palabras, vertían nuestros ojos fuentes de lágrimas; por lo cual también él marchó llorando, llevándose consigo nuestros corazones y quedando nosotros huérfanos con la marcha de tal Padre.

Yo fray Maseo lo escribí con lágrimas.

Dios nos bendiga.

CAPITULO VI

Vocación de un familiar de Nicolás III (1)

El año 1280, estando el Papa Nicolás III en su cámara con el Ministro General y algunos Ministros Provinciales confiriendo acerca de la Declaración de la Regla, entró allí a tomar cierto objeto uno vestido con el hábito de los frailes Menores, y salió inmediatamente. Luego que estuvo fuera, dijo el Papa:

–¿Visteis aquel lego que entró en la cámara?

Y habiendo respondido los frailes que sí, añadió:

–Quiero informaros de él. Cuando fui elegido Papa pedí a un Abad de la Orden del Císter que me enviase un lego bueno, fiel y prudente que me cuidase y sirviese con diligencia; y me mandó éste que visteis entrar aquí con vuestro hábito. Un día vio a la puerta frailes Menores que venían a la limosna del pan, y comenzó a entristecerse y sentir gran melancolía. Viéndolo así triste, le pregunté la causa; e insistiendo yo

(1) Este capítulo, con los diez siguientes, son propios de la edición *Passerini.*

en querer saberla, me respondió:

—Santísimo Padre, el motivo de mi desconsuelo es que, siendo ya profeso en mi Orden y estando un día en oración, yo no sé si en mí o fuera de mí, me pareció ver toda la ciudad en alboroto, y pregunté a los que corrían:

—¿Qué es eso?, ¿qué es eso?

—Vamos a ver a nuestro Señor Jesucristo —me respondieron.

Eché yo también a correr con ellos, y cuando llegué a la plaza la encontré llena de hombres puestos en círculo, y en medio vi a nuestro Señor Jesucristo con las sagradas llagas, vestido con el hábito de los frailes Menores, y predicaba con los brazos abiertos y decía: "el que quiera salvar su alma, sígame y vístase con este hábito que yo traigo". Por eso cuando vi venir por el pan a los frailes con aquel hábito que tenía Jesucristo, me entristecí de repente y me entró tan grande amargura que no estaré jamás contento ni consolado hasta que me vea vestido con él. Os pido por el amor de la pasión de Cristo que me lo vistáis, si queréis consolarme.

Yo le alabé mucho su Orden diciéndole que era antigua, aprobada, buena y santa; pero al fin, no pudiendo consolarlo, le vestí vuestro hábito como habéis visto. Y creo que su visión habrá sido verdadera; porque, como sabéis, el que quiera salvarse tiene que seguir a Cristo y vestir como los frailes Menores, siendo como si no tuviera cuerpo, orando con la mente y dejando al mundo con sus vanidades.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO VII

De un devoto ejemplo y milagro de San Francisco

Por los años de 1343 hubo en España, en Ciudad Rodrigo del reino de Castilla, un Obispo llamado Pedro, el cual, aunque pecador, era muy devoto de San Francisco. Y habiendo enfermado, bien que no de gravedad, un familiar suyo tuvo esta visión.

Estando el Obispo sentado en su cátedra, salían de la tierra unos perros negros que se lanzaban contra él y le rasgaban las vestiduras; pero salía de detrás de la cátedra un fraile Menor que apartaba y ahuyentaba los perros, y después dijo al familiar: "Ve y dile al Obispo que se confiese y haga penitencia, porque estos animales son demonios que tienen potestad sobre él a causa de sus pecados". Cuando despertó, fue a referir secretamente toda la visión al Obispo; pero éste se turbó y dijo que no estaba tan enfermo que necesitase confesión.

De allí a tres días tuvo el dicho familiar otra visión. Veía dos perros grandísimos, negros y horribles que querían devorar al Obispo, y un fraile Menor se lo

estorbó y los echó de allí diciendo luego al familiar: "Vete a decir al Obispo que se confiese y haga penitencia, porque morirá presto de esta enfermedad".

Habiéndoselo referido todo detalladamente, se turbó el Obispo y se airó contra él, porque le había dicho que moriría; y de la penitencia y confesión no se cuidó.

Pasados otros tres días, vio el familiar una hoguera grandísima y en ella una caldera llena de pez hirviente, y los demonios asían del Obispo para echarlo dentro, pero aquel fraile Menor lo impidió y dijo al familiar: "Dile al Obispo que sin remedio tiene que morir de esta enfermedad, que se confiese sin tardanza".

—Ya se lo he dicho —respondió—, y de ninguna manera me lo quiere creer; dame alguna señal para que me crea y se confiese.

—Mete el dedo en esta pez —le dijo el fraile— y dile: San Francisco, de quien sois devoto, me ha dicho esto y en prueba de la verdad mira el dedo tiznado de la pez, y seco.

Refirió, pues, todo esto al Prelado, el cual quedó estupefacto al ver el dedo seco, y se compungió por la devoción a San Francisco. Se confesó inmediatamente, y agravándose la enfermedad, murió a los pocos días.

Los sobrinos y hermanos ocultaron su muerte tres días para poder llevarse sus cosas y las del obispo. El cuatro de mayo de 1343 fue conducido su cadáver al convento de los frailes Menores, y haciéndole éstos las exequias, se levantó el Obispo en el féretro a vista de todo el pueblo. Sus parientes, que sabían estaba muerto de cuatro días, echaron a huir, y el Obispo

les gritaba:

—¡No huyáis! He muerto de verdad, pero ahora no estoy muerto. Fui llevado al juicio de Cristo, dio contra mí sentencia de eterna condenación; porque, al confesarme de mis pecados, no tuve contrición verdadera ni propósito de dejar definitivamente la ocasión en que siempre había estado, aunque la aparté por el momento. Pero intercedió por mí San Francisco, alegando la grande devoción que siempre le tuve, la limosna que por su amor hice siempre a los frailes Menores, pues mi casa y cuanto yo tenía era más de ellos que de mi familia, y la gran fe de que por sus méritos no había de morir mal. Y rogando él por mí a Cristo, que alcanzó la gracia de volver al cuerpo por espacio de veinte días para hacer penitencia de mis pecados, y, transcurrido ese plazo, moriré otra vez.

En este término recobró lo que sus parientes le habían llevado, y de todo dispuso discreta y santamente, haciendo condigna penitencia de sus pecados. Y ocurriendo dentro del mismo plazo la fiesta de la exaltación *(traslación del cuerpo)* (1) de San Francisco, celebró en ella la Misa y predicó al pueblo lo que queda dicho. Habló de San Francisco con tanto fervor que, siendo hasta entonces poco conocidos allí los frailes Menores, les tenían después mucha devoción y reverencia en toda la provincia.

Este milagro lo predicó fray Francisco Giumpareta en Santa Cruz *(Florencia)* por la fiesta de San Francisco en 1344; y fray Bartolomé de Milán, Lector de

---

(1) 25 de mayo de 1230.

Luca, se lo escribió a fray Luis, Lector de Florencia, y se lo había oído a un fraile Menor que se halló presente cuando resucitó el referido Obispo (1).

En alabanza de Cristo. Amén.

(1) En la catedral de Ciudad Rodrigo se ve el sepulcro de este Prelado con estatua de pontifical y la inscripción siguiente:

AQUI YAZE EL OBISPO DON PEDRO DIAZ A
Q RESUSCITO SANCT FRANCISCO

En un pergamino pendiente junto al sepulcro se lee escrita en romance la relación del suceso casi a la letra como queda referido. Puede verse también con pocas variantes en el *Libro de las Conformidades* escrito unos cuarenta años después del suceso por fray Bartolomé de Pisa *(Analecta Franc.*, t. V. pág. 475); el cual trascribió, retocando el estilo, el relato que se halla en un códice de la primera mitad del siglo XIV (y por tanto inmediato al suceso) existente en San Antonio de Roma.

Fray Tomás de Celano refiere (pág. 366, edic. del P. Ed. Alenc. Roma, 1906) otro caso ocurrido en Benevento y semejante al de este Obispo: la resurrección de una señora noble que por intercesión de San Francisco volvió a la vida para confesarse.

CAPITULO VIII

Cómo de una imagen de San Francisco salió sangre fresca

En un convento de frailes Predicadores estaba pintada en el refectorio una imagen de San Francisco con las sagradas Llagas. Un fraile de dicha Orden, obcecado por el orgullo, no podía ni quería comprender que San Francisco hubiese tenido las sagradas Llagas; y un día, después de comer, habiendo salido del refectorio todos los frailes, se llegó a la imagen y solícitamente le borró y destruyó del todo las Llagas, y se marchó. Pero volviendo aquel mismo día, halló la imagen adornada con las sagradas Llagas mejor que antes, y de nuevo se las destruyó impetuosamente. Cuando volvió otra vez, ya la imagen estaba restaurada.

Muy indignado con esto, la destruyó de manera que dejó enteramente desnuda la pared en que estaba pintada; pero brotó de improviso abundantísima sangre con tanta fuerza como de una cuba llena cuando acaba de taladrarse; y bañó cara, pecho y todo el vestido del fraile. Cayó éste por tierra, estu-

pefacto, y comenzó a gritar y llamar a voces a los frailes. Conmovióse la Comunidad y acudieron todos al rumor, quedando atónitos y estupefactos por la grandeza del milagro. Con mucha devoción recogieron del suelo la sangre con una esponja, hicieron restaurar después la imagen muy hermosamente y, por la honra del hábito, mandaron los Superiores que a nadie se refiriese el caso fuera de la Orden. Pero aquel fraile dijo que más quería ser echado de la Orden que ocultar un milagro de tanta honra para el Padre San Francisco.

Y ¿qué venganza tomó de este fraile el humilde Francisco? No otra que cambiarlo de repente en otro hombre. Renunció con mucho fervor a todos sus libros y se hizo hombre de grande oración. Por devoción a San Francisco fue a visitar su iglesia en Asís y en presencia de muchos frailes Menores confesó muy humildemente el sobredicho milagro, mostrando, no sin muchas lágrimas, la sangre que había recogido del suelo. Parte de ella la dejó en testimonio del milagro y parte la guardó por devoción a San Francisco.

CAPITULO IX

De un excelente milagro de las Llagas de San Francisco (1)

Hubo en el reino de Castilla un hombre muy devoto de San Francisco que, yendo a la iglesia de los frailes Menores para oír Completas, lo asaltaron unos bandoleros y sin ninguna compasión lo hirieron tan cruelmente que cayó casi muerto a sus pies. Al huir los malhechores, uno de ellos, más cruel, le atravesó un cuchillo por el cuello de modo que no pudo quitárselo, y partieron dejando al herido por enteramente muerto.

Al clamor de los circunstantes acudió mucha gente y todos lo lloraban por muerto sin la menor esperanza de vida. Lo levantaron y lo llevaron a casa; y estando los parientes haciendo los preparativos para la sepultura, tocaron los frailes a Maitines a media noche. Al oír la mujer la campana, acordándose que él acostumbraba ir a Maitines a la iglesia de los frailes Menores, prorrumpió en doloroso llanto y decía:

---

(1) *Archivum*, XII, pág. 372.

—¡Ay de mí, Señor mío! ¿Dónde está ahora tu fervor y devoción? ¡Levántate y ve a Maitines, que te llama la campana!

Oyendo él este llanto, hacía señas con las manos para que le quitasen el cuchillo que no le dejaba hablar, e inmediatamente a vista de todos le fue quitado rápidamente sin saber por quién, y se levantó de repente sano del todo, diciendo:

—Oíd, deudos y amigos míos queridos, y mirad el admirable poder de San Francisco, de quien fui siempre devoto y que ahora mismo sale de aquí. Vino con sus santísimas Llagas y poniendo las manos sobre mis heridas, con el olor y suavidad de las Llagas me confortó y sanó perfectamente. Cuando os indicaba que me quitaseis el cuchillo de la garganta, porque no podía hablar, él lo asió y me lo quitó sin ningún dolor, y luego, frotando con su mano sobre la herida, me dejó sano como veis (1).

En alabanza de Cristo. Amén.

(1) Otro milagro semejante a éste y ocurrido en la ciudad de Lérida, puede verse entre los que refiere San Buenaventura al final de su *Leyenda de San Francisco.*

CAPITULO X

Milagro evidente a todo el pueblo (1)

Estando una vez San Francisco en Lombardía, en la ciudad de Alejandría, se hospedó en casa de un hombre devoto, el cual le rogó que conforme al Evangelio comiese, a la cena, de lo que le pusiese delante. Consintió en ello San Francisco; y aquel hombre, deseando obsequiarlo, hizo cocer un capón muy bueno que tenía siete años. Cuando estaban cenando, llegó un hereje y pidió limosna por amor de Dios; al oír San Francisco el bendito nombre de Dios, tomó un cuchillo y cortándole al pollo una pierna, se la envió al pobre por amor de Dios. El pobre recibió la limosna, pero no la comió, sino que la guardó para confundir a San Francisco. Y así, predicando éste al pueblo el día siguiente, aquel infiel sacó la pierna de pollo y dijo:

—Mirad, señores, la carne que come éste que vosotros veneráis como santo, él mismo me la dio anoche.

Todo el pueblo se volvió a mirar lo que tenía en la

(1) *Archivum, XII,* pág. 371.

mano, y todos lo trataron de necio, porque por virtud divina todo el pueblo vio en la mano, no carne de capón, sino un bellísimo pez.

Con tan grande milagro quedó el infiel confuso y compungido, reconoció su culpa ante todo el pueblo y se convirtió; y aquella carne recobró su propia naturaleza cuando el prevaricador volvió a la buena fe.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XI

Cómo San Francisco envió frailes por primera vèz a Inglaterra; y del gran milagro que hizo Cristo en el viaje (1)

Fray Angel de Pisa fue nombrado Ministro de Inglaterra por San Francisco y partió con fray Alberto de Pisa y otros tres compañeros. Llegaron a Cantorbery el día tres de mayo y fueron recibidos con mucha caridad por los frailes Predicadores. Prosiguiendo el viaje, llegaron a un bosque muy sombrío en que había un monasterio de monjes negros (2); y como era casi la hora de Vísperas y el tiempo estaba lluvioso y ellos muy mojados y fatigados, pidieron albergue, por amor de Dios, temiendo perecer de hambre o de frío o ser acometidos por las fieras de aquel bosque.

Al verlos el portero escuálidos por la penitencia y en hábito desusado, no entendiendo su lengua, pensó que serían bufones o juglares, y así lo anunció al Prior,

(1) *Analecta*, III, pág. 24 y sig.; Archivum, XII, págs. 373-375.
Así llamados por el color del hábito.

que había venido a solazarse allí aquellos días con cuatro monjes. Introducidos los frailes y presentados al Prior y monjes, aunque dijeron que no eran bufones ni juglares, sino siervos de Dios y pregoneros del reino celestial y de la Orden de los Apóstoles, Prior y monjes mandaron que fuesen echados fuera de la puerta del monasterio, como pordioseros bribones y gente baja, y que no les diesen pan ni vino ni albergue ni se les tuviese compasión alguna. Compadecido el monje más joven al ver esta crueldad, los fue siguiendo, y pidió por favor al portero que los escondiese dentro y los albergase en el pajar; y que él les llevaría de comer. Condescendió el portero y los ocultó en el pajar. El monje les llevó secretamente pan, vino y otras cosas; y después los visitó y se encomendó con mucha devoción a sus oraciones.

Aquella noche tuvo el dicho monje esta visión: veía en la iglesia un trono admirable y resplandeciente en que estaba sentado Cristo bendito, y alrededor había mucha gente que era llamada a juicio. Comenzó Jesucristo diciendo:

—Sean conducidos a mi presencia los dueños de este lugar.

Y al instante fue traído el sobredicho Prior y los cuatro monjes. Por el lado opuesto vino un pobrecillo humilde y despreciable, que vestía el hábito de aquellos pobres frailecitos mencionados, y dijo:

—Justísimo Juez, la sangre de los frailes Menores despreciada esta noche, al negárseles comida y albergue en este lugar, clama venganza; pues ellos por tu amor abandonaron el mundo y todo lo temporal. Y habían venido aquí para ganar las almas que se

hallan desviadas de ti, Señor mío, y que tú compraste con tu preciosa sangre sobre el madero de la Cruz; y éste que aquí está los hizo echar fuera como bufones y juglares.

Mirando entonces Cristo al Prior con semblante terrible, le dijo:

–¿De qué Orden eres Prior?

–De la de San Benito –respondió.

–¿Es verdad lo que éste dice? –preguntó Cristo a San Benito.

–Señor mío dulcísimo –respondió–, éste y sus compañeros son destructores y arruinadores de mi Orden, como se ve en el modo de recibir a estos frailes Menores, perfectos siervos tuyos; pues yo mandé en mi regla que nunca la mesa del Abad estuviese sin peregrinos y pobres forasteros; y ya ves, Señor mío, cómo ha hecho éste.

Dio Cristo la sentencia mandando que fuesen colgados de un olmo que había en el claustro, y cuando ya estaban colgados el Prior y tres compañeros, se volvió Cristo al cuarto que había obrado misericordia, y le dijo:

–¿De qué Orden eres tú?

Trémulo el joven, porque acababa de oír la repulsa de San Benito que los desechaba, respondió con mucho miedo:

–Señor mío, yo soy de la Orden de este pobrecito.

–Francisco, ¿es éste de tu Orden? –preguntó Cristo.

–Señor –respondió–, es de los míos; y desde ahora lo recibo por mi fraile.

Y al decir esto lo abrazó muy tiernamente, con lo

cual despertó el monje, encontrándose estupefacto de la visión y sobre todo porque había oído a Cristo en el sueño nombrar a Francisco. Con esta admiración se levantó para referir al Prior la visión que había tenido. Pero, entrando en su celda, lo halló estrangulado y todo disforme, marchito y estropeado. Corre a los compañeros y los encuentra también estrangulados y estropeados del todo. Va en busca de los frailes para referirles el milagro, y halla que el portero los había echado fuera antes de amanecer, por miedo al Prior. Entonces fue a referir todo esto al Abad de Abindo; y oyéndoselo el Abad a este monje joven, tuvo grandísimo temor, y así él como todos los monjes quedaron atónitos.

Divulgóse el suceso por casi todo el país; y cuando estos benditos frailes llegaron a la ciudad de Oxford, se presentaron al rey Enrique, y los recibió con mucha amabilidad y les dio lugar en que establecerse libremente.

Se extendió tanto por toda Inglaterra la fama de estos religiosos, por la santidad de su vida y la novedad del milagro, que no sólo aquel monje librado por San Francisco de tan horrible juicio se hizo fraile, siendo el primero en vestir el hábito, sino también otros muchos, entre ellos un grande Obispo y un Abad (1), los cuales, cuando se edificó el convento, cargaban sobre sí, con mucha humildad y devoción, las piedras y el barril del agua para la fábrica.

---

(1) El cronista fray Tomás Eccleston, inmediato a estos sucesos, habla de fray Rodolfo de Maydnyston, Obispo Herfordense, recibido a la Orden por fray Haimon, Provincial de Inglaterra (1239); y de fray Juan de Reding, Abad de Osney, que, habiendo tomado nuestro hábito, vivió muy ejemplarmente. *Analec. Franc.*, tomo 1.º, págs. 225 y 249.

Cuando entró fray Angel de Inglaterra, era un joven de treinta años, muy agrraciado y devoto. Era diácono y no quiso ordenarse de sacerdote sin licencia del Capítulo General; y entonces, al llamar al Arzobispo de Cantórbery por medio de su Arcediano a los que se habían de ordenar, dijo: "Vengan los frailes de la Orden de los Apóstoles". Y este nombre tuvieron en Inglaterra por largo tiempo.

Recorriendo dicho fray Angel con mucho fervor aquella provincia, fundó e hizo edificar muchos conventos y admitió muchos en la Orden. Obró muchos milagros en vida y después de su muerte. Dio su alma a Dios el día siguiente a la fiesta de San Gregorio Papa y está sepultado en Oxford.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XII

Admirable conversión de un pecador obstinado de Espoleto (1)

Había en la ciudad de Espoleto un hombre perverso y cruel que por ningún motivo ni razón del mundo quería ni podía ver a los frailes Menores, sobre todo cuando iban por limosna. Blasfemaba, maldecía, se complacía en decirles afrentas y los perseguía con palabras groseras, villanas y deshonestas. Los frailes se dolían de ello y se lo decían a San Francisco, que moraba entonces en aquel convento. El Santo llamó a fray Andrés de Sena, que andaba casi siempre pidiendo limosna, y le dijo:

—Vete y prueba con toda insistencia si puedes conseguir alguna limosna de ese hombre tan cruel.

Fuese allá fray Andrés por el mérito de la santa obediencia, y tanto importunó que, no por devoción, sino por quitárselo de delante, le dio una limosna de pan injuriándole villanamente y echándosela de lejos como a un perro. Apenas la recibió fray Andrés, se

(1) *Archivum,* XII, pág. 382.

volvió al convento con grandísimo gozo y alegría y se la presentó a San Francisco. El Santo distribuyó este pan entre todos los frailes dando un poco a cada uno, y les dijo:

—Rezad cada uno tres Padrenuestros pidiendo a Dios que reduzca y convierta este pecador al camino de la verdad.

¡Cosa admirable! Aun no se habían levantado de cenar los frailes, cuando llegó este hombre al convento con mucha contrición y devoción y se echó a los pies de San Francisco llorando amargamente y confesando su culpa y ceguera delante de todos. Quedó mudado en otro hombre, se hizo bueno y fue singular amigo y bienhechor de los frailes Menores.

CAPITULO XIII

Asombroso milagro de Cristo que, viniendo en los brazos de su Madre, bendijo al pueblo de Santa María de los Angeles al tiempo de la Indulgencia

Estando el pueblo reunido, como de costumbre, en Santa María de los Angeles la noche de la Indulgencia del año 1303, se notó una repentina y grande conmoción en la gente, como cuando se ve por primera vez algún grande acontecimiento; y despertando los frailes que estaban descansando en el pórtico encima de la entrada y también la gente que dormía, corrieron a una y otra parte para saber lo que ocurría, y no vieron otra cosa que una paloma blanquísima que con vuelo veloz dio cinco vueltas alrededor de la iglesia.

Mas, durando aún la conmoción y el rumor, un fraile llamado Francisco Cozzo, queriendo averiguar el hecho, salió del pórtico en busca de fray Conrado, *sanctae memoriae*, que está sepultado en el convento de la Isla obrando muchos milagros, y como lo hallase en oración delante del altar, le dijo:

–Carísimo Padre, bien oyes el rumor y conmoción que hay en el pueblo como si ocurriese algún milagro.

—Hijo —le respondió—, no digas a nadie, mientras yo viva, lo que te voy a decir. He visto bajar de lo alto del cielo la gloriosa Virgen María con admirable luz y resplandor trayendo en el brazo a su dulcísimo y bendito hijo Jesucristo, y bendecía a todo el pueblo que vino devotamente a esta santísima Indulgencia, y al dar el dulcísimo Jesús con sus propias manos su bendición y gracia, todo el pueblo se puso en conmoción y tumulto.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XIV

Otro solemne milagro de la bendita Indulgencia

El año 1308, disponiéndose un gentilhombre de la Puglia, llamado Francisco, para ir con otros a Santa María de los Angeles a ganar la indulgencia, dijo a un trabajador que solía tener a jornal casi la mayor parte del año:

–Y tú ¿por qué no trabajas por la salud de tu alma como lo haces por el cuerpo?

–Y ¿cómo puedo yo trabajar por el alma? –respondió.

–Viniendo con nosotros a San Francisco; y hallarás allí el perdón de todos tus pecados.

–Iré de muy buena gana –dijo el labrador– si me pagas los jornales que me debes.

Pagóle, pues, todo lo que le adeudaba, y con él y otros compañeros partió a San Francisco muy devotamente, y confesados y contritos ganaron la Indulgencia en Santa María de los Angeles con mucho consuelo espiritual. Cuando ya volvían de Asís hacia la Puglia, enfermó el dicho trabajador de modo que se le

hincharon los pies y no podía dar un paso. Por lo cual, arrepintiéndose de haber emprendido el viaje, decía al caballero Francisco:

—Nunca yo hubiera venido a esta Indulgencia, pues gasté el dinero que tenía, y enfermé; y mientras vosotros todos volvéis a casa, yo, ¡desgraciado de mí! quedo aquí solo, pobre y enfermo.

—Te ruego —le dijo Francisco— que no te arrepientas del grande bien que has recibido.

Mas, como continuase mostrándose pesaroso del viaje, le dijo Francisco:

—Dame para mi difunto hermano la indulgencia tal como la ganaste en Santa María de los Angeles, y yo te prometo delante de todos los presentes devolverte lo que has gastado en el viaje, y además te llevaré a la grupa del caballo hasta nuestra casa a mis expensas.

Pareciéndole buen partido, aceptó, recibió el dinero y montó a caballo bien satisfecho. Prosiguiendo Francisco con el trabajador y los demás, se le apareció en pleno día el hermano, muerto algunos meses antes, y le dijo:

— ¡Oh, dulcísimo hermano mío! Gracias por el gran beneficio que hoy me has hecho; la santa Indulgencia que devotamente me has adquirido libró mi alma de las penas del purgatorio; y para que lo creas, te diré lo que pasó en tu casa después que marchaste. Fue robada de fuera del muro; a uno de tus bueyes le cortaron un pie; tu familia no sabe qué hacer; te están esperando y saldrán a tu encuentro a distancia de algunas millas con otros parientes y amigos; pero no te lo dirán, por no disgustarte. Pregúntaselo, y si hallas ser verdad, ten por cierto que la santa Indulgencia me ha librado de

las penas, y estoy en el paraíso.

Y dicho esto, desapareció.

Gozoso volvía el caballero considerando todo lo que había visto y oído, y ya estaba a tres millas de sus posesiones, cuando vio venir festivos y alegres a sus parientes y amigos. Les preguntó solícitamente:

–¿Cómo está la casa? ¿Ocurrió alguna novedad desde que yo salí?

–Cuando llegues –le respondieron– te lo diremos y lo verás tú también.

–No daré un paso más –replicó él– hasta que lo sepa todo, y no lo digo sin motivo.

Entonces le refirieron lo mismo que su hermano le había anunciado, cuando se le apareció en el camino; y Francisco comenzó a decir con grande gozo:

–Ahora sé yo, y lo creo firmemente, que la Indulgencia de Santa María de los Angeles es certísima y aprobada por Dios, y que por ella entró mi hermano en la gloria.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XV

Cómo Santo Domingo confirmó la Indulgencia de Santa María de los Angeles

Una mujer de Alemania, que vino a la Indulgencia de Santa María de la Porciúncula, dijo y juró ante el altar de San Francisco en presencia de algunos frailes y muchos seglares y de Merlino, natural de Asís, el cual traducía sus palabras, que había visto un milagro de la santa Indulgencia y lo refirió de este modo:

–Yo Isa, habiendo determinado hace muchos años venir a la santa Indulgencia, por muchos impedimentos que tuve retardé el cumplirlo hasta ahora. Teniendo ya todo dispuesto para venir, fui a la iglesia de los frailes Predicadores que me está cerca, llamé a mi confesor, y antes de confesarme le dije cómo quería ir a San Francisco a la Indulgencia de Santa María de los Angeles. Se alteró e indignó al oírlo, y no quiso confesarme ni darme licencia para venir, diciendo que esta Indulgencia no era lo que se decía. Me volvía a casa, disgustada y con mucha amargura, cuando encontré a dos frailes Predicadores que me dijeron:

–¿Por qué estás así turbada?

Habiéndoles dicho el motivo, me respondieron:

–Ten ánimo, no te entristezcas más, ven con nosotros al convento, y buscaremos buen confesor que te consuele.

Fuí con ellos, e hicieron como me habían prometido. Después que me confesé, estos dos frailes mandaron llamar a otros del convento, y cuando estuvieron reunidos, les dijo en mi presencia uno de los dos:

–Carísimos hermanos, tened por cierto sin ninguna duda, que la Indulgencia de Santa María de los Angeles es verdadera y cierta, y ante Dios mucho mayor de lo que se cree; y para que vosotros lo creáis, sabed que yo soy Santo Domingo, vuestro padre y primer fundador de esta Orden, y éste es San Pedro Mártir.

Y dicho esto, desaparecieron repentinamente. Habiendo visto yo tan gran milagro, me puse en camino y vine, como veis, a ganar esta santa Indulgencia (1).

En alabanza de Jesucristo. Amén.

---

(1) La edición castellana de 1913 (Madrid, San Bernardo) trae, por vía de apéndice, dos Capítulos acerca de la concesión de esta Indulgencia. Puede suplirlos con ventaja el documento inserto a continuación traducido de *Archivum F. H.* tom. 4.º, página 505; la parte del códice que lo contiene, se cree escrita a últimos del siglo XIII o en los primeros años del XIV. Hállase también esta declaración del Beato Benito de Arezzo en los Bolandos, tom. 2.º de octubre, pág. 888; y en el Tratado de la Indulgencia de la Porciúncula de fray Francisco Bartholi, publicado por Sabatier (París, 1900), pág. 27. En la misma obra, además de otros testimonios, hay (pág. 30) uno precioso del Beato Juan de Alvernia. Estos atestados y el Capítulo IX del Apéndice suplen, además, los tres Capítulos de la edición Amoni sobre la Porciúncula.

CAPITULO XVI

Testimonios contemporáneos a la concesión de la Indulgencia

En nombre del Señor. Amén.

Yo fray Benito de Arezzo, que estuve con San Francisco cuando vivía, y por obra de la divina gracia este Padre santísimo me recibió en su Orden, y fuí compañero de los compañeros de él y frecuentemente hablé con ellos, ya en vida de nuestro santo Padre, y también después de su muerte, y asimismo con los discretos de la Orden, declaro que oí muchas veces a uno de los sobredichos compañeros de San Francisco, llamado fray Maseo de Marignano, hombre verídico y de muy santa vida, que él estuvo con San Francisco en Perusa ante el Señor Papa Honorio de santa memoria, cuando pidió la indulgencia de todos los pecados para los que, contritos y confesados, concurran a Santa María de los Angeles, llamada también de Porciúncula, el 1.º de agosto desde las Vísperas de este día hasta las del siguiente. Y que habiendo sido pedida esta indulgencia tan humilde como constantemente por San Francisco, por fin la concedió el Sumo

Pontífice liberalísima y gratísimamente; aunque decía el mismo Papa que no era costumbre de la Sede Apostólica conceder tal indulgencia.

Estas mismas cosas sobredichas y de la manera referida declaro yo fray Rainero de Marignano, de Arezzo, compañero del Venerable fray Benito, habérselas oído frecuentemente al sobredicho fray Maseo, compañero de San Francisco, del cual fray Maseo fui yo fray Rainero amigo especialísimo.

Se leyeron y publicaron las antedichas declaraciones en la celda del Venerable fray Benito de Arezzo en presencia de Rainaldo de Castiglon, fray Caro de Arezzo, fray Compagno de Burgo, fray Monaldo de Arezzo, fray Hildebrandino de Florencia, fray Santiago de Florencia, fray Teobaldo de Florencia Arezzo (sic), fray Buenaventura de Arezzo y Masari de Arezzo, llamados y rogados al efecto.

Año del Señor 1277. Nemine imperante. Vacante la Sede Apostólica. Indicción V. Domingo, último día de octubre.

Yo Juan, Notario, hijo del... estuve presente a todo lo dicho, y lo escribí y publiqué por mandato del Venerable fray Benito y fray Rainero delante de fray Fui con ellos, e hicieron como me habían prometi- Guardián, de fray Bartolo de Perusa y otros frailes en el convento de la Porciúncula.

A continuación del acta precedente se lee lo que sigue:

Pedro Galgano (1) dijo que se halló presente a la consagración de la iglesia de Santa María de Por-

(1) Otros códices: Zalfani o Celfani.

ciúncula y oyó a San Francisco predicar al pueblo delante de cinco Obispos. Tenía en la mano una cédula y dijo: "Yo os quiero enviar a todos al paraíso; os anuncio la indulgencia que alcancé de la boca del Sumo Pontífice. Todos los que habéis venido hoy y cuantos vengan todos los años en este día con corazón bueno y contrito, ganarán el perdón de todos sus pecados. Yo la quería ocho días, pero no pude".

De la dicha indulgencia dio testimonio fray León, de santa memoria, ante el Señor Santiago Copuli y algunos otros, que así era.

CAPITULO XVII

Cómo el Emperador de Constantinopla se hizo fraile Menor por divina revelación (1)

El Emperador de Constantinopla, llamado Juan, se hizo fraile Menor de esta manera:

Estando próximo el fin de su vida, habiendo tenido mucha felicidad y prosperidades mundanas y viendo que envejecía, comenzó a pensar en la muerte; y se cree que le infundió Dios cierto deseo de saber cuál sería su fin. Embargado por este pensamiento, tuvo una noche en sueños esta visión: un hombre muy venerable, vestido de blanco, traía en la mano el hábito de los frailes Menores con la cuerda y las sandalias, y le dijo:

—Juan Emperador, ya que andas tan solícito de conocer tu fin, has de saber que debes terminar tu vida con este hábito de los Menores, pues así lo quiere Dios.

Despertó el Emperador y se puso a considerar la grande humillación de pasar del imperio a ser fraile

(1) *Analecta*, III, pág. 680, n.; *Archivum*, XII, pág. 399.

Menor, y por nada del mundo podía determinarse a ello; por lo cual, doliéndose íntimamente, comenzó a exhalar profundos suspiros y casi lloraba; a sus lamentos acudieron los camareros y familiares, y preguntándole el motivo de sus quejas y tristeza, no lo quiso decir.

La noche siguiente le aparecieron también en sueños dos que vestían de blanco y traían el hábito, cuerda y sandalias, diciéndole:

—Es voluntad de Dios que mueras con este hábito.

Esto le causó horror, y quejándose con dolorosos gemidos, acudieron los camareros; y tampoco les quiso decir la razón de su llanto.

La tercera noche se le aparecieron en el sueño tres hombres muy venerables, vestidos de blanco, trayéndole el hábito, cuerda y sandalias, y le dijeron insistentemente que con aquel hábito debía morir, que así era voluntad divina; y añadieron:

—No creas que es ilusión o sueño vano, sino que, como te lo decimos, así es necesario que se cumpla sin engaño.

En despertando, mandó llamar a su confesor fray Angel; cuando éste llegó, estaba el Emperador en la sala llorando muy amargamente.

—Sé el motivo de tu llanto —le dijo fray Angel—, porque me ha sido revelada la visión que has tenido de parte de Dios, y ten por cierto que Dios ha determinado que acabes tu vida con el hábito de los frailes Menores.

Y lo confortó trayéndole a la memoria muchos ejemplos de grande humildad, y que la humildad es muy acepta a Dios; porque al que se humilla en este

mundo, lo ensalza en el paraíso.

Después de algunos días le acometió una fiebre terciana, y queriendo cumplir la voluntad divina que por tres veces le había sido manifestada en visión, con plena deliberación y con suma devoción y humildad y no sin muchas lágrimas de los circunstantes, entró este Emperador en la Orden de San Francisco y en ella acabó sus días muy loablemente.

E impidiéndole alguna vez los frailes el hacer los oficios humildes, como ir por la limosna, lavar la vajilla y barrer el convento, hizo con mucho afecto esta oración:

–Dulcísimo Señor mío Jesucristo, concédeme por gracia que yo, que viví en el siglo con tanta pompa y vestidos preciosos y vanos, te agrade yendo a pedir limosna con la alforja al cuello, y pueda seguirte a ti que por mí te hiciste humilde y pobre en este mundo para darme la gloria.

Y esta oración fue oída por Dios, porque dio a todos los frailes grandísimo ejemplo de humildad y lleno de virtud y gracia de Dios pasó de esta vida a la de los bienaventurados (1).

En alabanza de Cristo. Amén.

---

(1) Este ejemplo se halla casi a la letra en un autor del siglo XIII, fray Bernardo de Besa, secretario de San Buenaventura. (V. Analecta Franc., tom. 3.º, pág. 680). El Emperador de que habla es Juan de Briena, Rey de Jerusalén, cristiano piadoso y valiente guerrero, famosísimo en las historias, que regentó el imperio de Constantinopla en la menor edad de Balduino II y murió en 1237. De él escribe otro contemporáneo suyo: "Era el Rey Juan corpulento, grueso y alto; robusto, fuerte y diestro para pelear; diríase otro Carlos, hijo de Pipino. Cuando acometía con la clava de hierro moviéndola de uno a otro lado, huían de él los

sarracenos, como si viesen al diablo o a un león pronto a devorarlos. En realidad, no hubo en el mundo en su tiempo mejor soldado, como así era fama. Por lo cual en alabanza suya y del Maestro Alejandro, el mejor eclesiástico del mundo, que era de la Orden de los frailes Menores y enseñaba en París, se hizo una canción medio francesa y medio latina que yo canté muchas veces y empieza: *Avent tutt mantenent nostris florent temporibus...* Este rey Juan, cuando lo armaban los suyos para el combate, temblaba como el junco en el agua. Y habiéndole preguntado alguna vez por qué temblaba de aquel modo siendo ante los enemigos tan valiente y robusto guerrero, respondió que por la vida no se le daba, pero que temía si acaso el alma no está bien con Dios... Tal fue el rey Juan... Se hizo fraile Menor y tan de corazón que, si Dios le hubiera prolongado la vida, jamás dejaría de emplearla con fervor en las observancias de la Orden. Lo recibió y lo dio el hábito el Ministro de Gracia, fray Benito de Arezzo, que fue un santo hombre. Este rey Juan fue abuelo materno del rey Conrado, hijo del Emperador Federico... Quedó de regente del Imperio (*de Constantinopla*)".

Crónica de fray Salimbene, Monumenta Germaniae Historiae, tom. XXXII, página 43.